

“El 48”, un libro explosivo

Por Víctor Hugo Vargas

Hace unos meses antes de que se publicara “El 48”, entrevisté a su autor Miguel Acuña, convencido por conversaciones que había tenido con él, de la buena calidad del libro. Ya lo leí.

Este libro fue escrito “en fiebre” para producir fiebre en las generaciones que estamos asistiendo al crepúsculo de los hombres del 48.

Se trata de un documento vivo, salido de las ruinas nuestras que ya nadie llora, porque todos adivinamos las ruinas futuras de una patria que se desintegra fatalmente por culpa de quienes no han tenido el valor de mantener la tea encendida.

En algunos capítulos - Sangre en la Sierra, La Batalla de El Tejar, El Empalme, Una Tarde Negra- el lector querrá alargar su mano para evitar el sudor y la angustia y la sangre del desastre.

Algunos pasajes son simplemente cantos de horror: “...el presunto espía huye cuando es interrogado, pero recibe un balazo en una pierna. Aún así se arrastra hasta una loma. Lo alcanzan y sin contemplaciones, le descargan una ráfaga de ametralladora en la cabeza. Luego... ¡un galón de diesel!”.

Las llamas del odio iluminan tétricamente la oscuridad de la colina. Quiénes mataron al “espía”, saben quién era ese hombre y qué era en realidad lo que andaba buscando.

“Cuando de Célmo Barrientos sólo queda un puño de ceniza, se oye la voz doliente de la esposa preguntando por su esposo. También el llanto lastimero de los huérfanos”. (Desesperación en El Empalme).

“El 48”, sin preocuparse del análisis de los hechos, se limita a presentar a “hombres que matan por odio y por miedo, de revolucionarios- algunos extranjeros- que beben hasta reventar, que maldicen del que los engaña con falsas promesas, y que luchan contra el frío, contra la montaña y a veces, contra la Unidad Móvil. (la fundación de El Empalme).

Acuña, mi profesor de matemática hace unos años- ha querido abordar la tragedia de 1948 rompiendo la tradición de los que escriben para adaptarse al gusto del día o al gusto de los enchufados de altos vuelos.

Sin miramientos, brutalmente, escupe sobre los que viven gran parte de su vida con cargo al Estado. (“Demagogo inmoral, siempre pegado de la ubre de la hacienda pública... de teta en teta... hasta reventar”). (Patria Viva). Y más adelante, en Los Límites de la Revolución escribe:

“...La revolución que Costa Rica necesita debe ser hecha por los hombres más capaces, no por los políticos, de cuya conciencia moral hay serias dudas. Para ello debe empezarse por despolitizar al joven para que no crea en la demagogia que como un torrente nauseabundo, sale de la boca de los buitres ideológicos”.

También fustiga a los que al perder el sentido de la gloria, perdieron el sentido de la dignidad y se pregunta: “¿Dónde están los nobles de El Empalme?”.

Aunque el libro no lo dice, fácilmente se adivina el deseo del autor por romper el amurallamiento que, a base de mitos, trata de consolidar el clan que se adueñó del país hace 25 años.

Por eso escribe: “Esta tierra -dispuesta siempre al acto potente que preña- pronto parirá la nueva generación de arrebato, de ira y de volcán”.

Con diferentes matices, estilos, algo que yo no conocía en él, Acuña nos enseña una nueva forma de sentir la historia “en caliente, cuando la sangre aún no ha coagulado, cuando hay testigos que pueden decir: ¡Usted miente!”.

Esto lo hace el autor de El 48, conscientemente, pausadamente, dejando que se le escape la historia que nunca tuvo existencia real.

Entonces escribe: “Me propongo provocar en el lector un juicio ad patres, cerca de los antepasados”.

En cada capítulo, en cada página, el lector de El 48 tiene que detenerse a meditar y oír los crueles martillazos: “Ahora no se puede decir que el voto es un deber sagrado... Eso murió allá en Llano Grande!”.

Yo, persona totalmente ajena al conflicto de 1948 - y cómo no si mis padres son apolíticos y yo nací en el 49-, es la primera vez que siento frustración por nuestra historia.

Nadie, antes que Acuña, se había atrevido a referirse al remolino catastrófico que sumió en la desesperación a centenares de costarricenses, algunos de los cuales fueron obligados a cavar las

zanjas que contendrían sus restos envilecidos por una siembra de odio sin límites.

Estoy seguro que el libro de Miguel Acuña será leído por todos los excombates, mariachis y figueristas.

A muchos de ellos, la “terrible realidad de los hechos” le conducirá al silencio, después de comprender que fueron instrumentos.

Otros, como Carlos Rechnitz, sentirán remordimientos.

Bien lo dice él mismo, en El 48: “Quisiera seguir el ejemplo de Brandt, arrodillándome ante las tumbas de mis compañeros muertos en 1948, para pedirles perdón, amargamente arrepentido de mi estupidez”.

“También quiero pedir perdón a mi amada Costa Rica, patria buena de mis quince nietos, por haber ayudado en tan oscura causa. ¡Que Dios me perdone!

...Ya tengo 74 años, y pronto será sometido a juicio”. (Por los Caminos Rojos de Santa María).

No faltarán quienes no logren asimilar la dura realidad, porque aún creen en la sangre derramada, o bien, por tratarse de los que convirtieron la revolución en trofeo.

De todas maneras, allí están, esclarecidos, muchos repliegues oscuros de nuestra Historia.

“¡Vosotros los que vinisteis del mar para caer con el pecho partido por un golpe de metralla! ¡Vosotros los que subisteis a la serranía para caer de bruces, con los pulmones estallados y la boca llena de sangre!

¿Valió la pena tanto dolor?... ¿Dónde están los robles de El Empalme? ¿Acaso truncados por



Miguel Acuña
...el autor...

el hacha de la ambición o devorados por el fuego de las pasiones? ¿Dónde están los halcones, amantes de la altura... en espera del arrebato?

¡Despierte amigo! ¡Despierte! ¡Que cada uno aprenda la lección!

Escribo lo que he sentido al leer el libro.

Ignoro si este interpreta o no la historia. ¿Cómo saberlo?..

Lo cierto es que al observar el estado de postración de mi patria en estos años siento que esta vivencia vale más que cualquier dato histórico.

Si aquella revolución hubiese sido sincera y si sus dirigentes nos hubieran iluminado con su ejemplo, quizá dudaría de “El 48”.

Pero, desgraciadamente, los hechos actuales, la corrupción actual, le dan la razón al autor y a los costarricenses que no nos hemos domesticado.